



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLVI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 13449

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Redacción y Administración: Mayor, 24

CONDICIONES

MARTES 18 DE SEPTIEMBRE DE 1906

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumar-tin, 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

En la Península: Un mes, 1'50 ptas.—Tres meses, 4'50 id.—Ex-
tra: Tres meses, 10 id.—La suscripción se contará desde 1.º
de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

La América futura

Los mares hay en el mundo y en la
que han adquirido extraordi-
naria; en Europa el del Ar-
turo y en América el de las An-
tas. Las dos hermosas creaciones y
que surgen del abismo
de exuberante vegetación,
de poesía, que pueden
de grandes organizaciones

No porque hayamos perdido Cuba y
Rico hemos de olvidar que te-
en esas islas valiosísimos ele-
y que si los perdemos comple-
quedarán aislados los países
americanos del Norte y del Sur
nuevo continente.

No se perderán; en Cuba por-
que de su población es nues-
de Puerto Rico porque la dura
que la han sometido los
le hará recordar con tristeza
de prosperidad á que se elevó
época al llamarse provincia
territorio y predilecta hija

La situación de Cuba, y
no lo merece, cualquiera que
sido su comportamiento para con
Mientras goce de una sobe-
con restricciones no tendrá más
mentida independencia.

Los maestros de escuela de la isla
obligados á dar cierto número
referencias sobre la lengua ingle-
que supone que han de estu-
que los Estados Unidos, apo-
de la instrucción y de las
operaciones, tienen propósitos
favorables al porvenir de la raza

Con nuestras dos Antillas que ha-
las lenguas y las menores donde es len-
oficial y popular, se disminuye la
española considerablemente
de México. Nada menos se
que de reducir nuestro idioma en
al papel que allí mismo re-
no ya el francés, sino el ho-
el dinamarqués ó el sueco.

Las Antillas francesas no son de las
posesiones que más aprecia hoy la Re-
pública vecina. De las pertenecientes á
otras potencias apenas transcurre un
decenio sin que se hable de su enage-
nación. La sombra del águila del Norte
está sobre todas, y son muchas las pro-
babilidades de una gran revolución po-
lítica en todo el Archipiélago.

Las islas inglesas tienen ya hecho el
aprendizaje de la autonomía y ven des-
de hace mucho tiempo disminuidos sus
recursos; pero la circunstancia de estar
unidas á la Metrópoli por no muy fuer-
tes vínculos, es causa de que no haya
motivo para súbitas y grandes revolucio-
nes y de que no se vislumbre como
causa de separación más que una gran
catástrofe de la Gran Bretaña que na-
da hace temer por ahora.

La manzana de la discordia será du-
rante algún tiempo Santo Domingo,
nuestra primera colonia en América.
Acaso la existencia de los negros, que
han sido siempre un mal político para
los Estados Unidos, sea el único moti-
vo de que éstos no se decidan á su
conquista ó anexión, cuando conside-
ran esa misma raza negra como una de
las causas de perturbación en el conti-
nente.

Pero en contra de estas razones fa-
vorables al *statu quo*, y de una ma-
nera indirecta á la influencia nortea-
mericana, está el importantísimo papel
económico social y político de las An-
tillas en cuanto se consiga la unión de
los dos mares.

La riqueza traerá consigo el poder;
la misma ambición desenfrenada en los
Estados Unidos su decadencia,
y entonces tocará el elemento español
la mejor parte en las Antillas del por-
venir.

Entonces Cuba, si sabe gobernarse
y encuentra como los mejicanos algún
Porfirio Díaz, ocupará el puesto que
por su historia, recursos é importancia
le corresponde. Los políticos de la is-
la tienen hoy en sus manos, no sola-
mente la suerte de ésta, sino también
de una gran parte del continente.

En el espléndido collar formado por
las Antillas, no hay joyel que pueda

compararse con el que perdimos y á
él, naturalmente, han de rodear y
acompañar los demás que brillan en
aquella región privilegiada. La estrella
solitaria está llamada á tener numero-
so acompañamiento.

PLUMAZOS

LA HIDALGUÍA ESPAÑOLA

Los hidalgos españoles—dice todo
extranjero que nos haga la merced de
referirse á nosotros,—son bravos y ga-
lantes. Puede ser. Nuestro bisabuelo
es el Cid, nuestro abuelo Don Quijote.
Lo único que puede objetarse es que
ya no quedan hidalgos en España; es-
te producto nacional, que antaño lo
fué de exportación en su típica forma
de guerreros un tanto bandidos, se ha
agotado. Ya no quedan guerreros,
aunque aún subsiste la otra condición
de su carácter. Los españoles, en sen-
tir de una amiga mía que tiene moti-
vos para conocerlos, ya no son corte-
ses ni bravos. Ignoro qué límites po-
ne á su afirmación, aunque los sospe-
cho.

Por mi parte, diré que nuestra cor-
tesía es un poco limitada, aunque juz-
go que huir lo que las mujeres se
niegan á conceder en público, tiene
disculpa, y que es también disculpable
decir desahucadamente lo que desahucadamente se piensa. Nuestras muje-
res están, descontentas de nosotros, al-
menos en lo que atañe á nuestras for-
mas sociales. Es lástima. Ceder la de-
recha á una dama, abandonarle un
asiento en el tranvía, cuesta poco y
las regocija. No piden más. No de-
mandan otras renunciaciones más
desagradables, y es forzoso convenir
en que por muchas razones, que no
son del caso, les debemos esta com-
pensación fácil.

Claro es que nuestras gentiles da-
mas y damitas son menos corteses
que nosotros, porque su altivez padece
al verse forzadas á gratificar las
amabilidades masculinas con una im-
perceptible reverencia; pero á la mu-
jer no podemos exigirle tiquis-miquis
de urbanidad. Todo se lo merecen,
sobre que el cuidado de aprender á
maravillarnos no ha podido dejarles

tiempo para nada. La mujer sólo está
obligada á ser bonita. Todo lo demás
que las avalora, nos lo conceden de
añadidura.

Augusto de Viverra.

Recompensas por el profesorado

ACLARACIÓN A UNA REAL ORDEN

En el «Boletín Oficial» del Ministe-
rio de Marina correspondiente al día
de ayer, se publica una R. O. que dice
así:

«Como aclaración á lo que se deter-
mina en la Real orden de 16 Enero
1906, respecto á lo preceptuado en el
punto 5.º de la de 17 de Junio de 1899
dictada por el ministerio de la Guerra,
se ha dispuesto que la cruz del mérito
naval blanca, señalada para recom-
pensar á los jefes y oficiales que des-
empeñan el profesorado en las Aca-
demias y Escuelas de Marina, podrá lle-
gar á ser pensionada cuando por espa-
cio de seis años consecutivos ó ocho
con intervalos desde que empezaron
á ejercer el cargo de profesor, realicen
trabajos extraordinarios con intelligen-
cia, celo y acierto, muy especiales, á
juicio de la junta facultativa de la Aca-
demia ó Escuela, que formulará al
efecto la correspondiente propuesta,
acordándose la concesión, previo in-
forme del Centro consultivo.

Para los directores no será precisa
la intervención de la junta facultati-
va.

HISTORIA DE DOS TIPOS

En París, según dijeron hace días
los telegramas, han sido puestos en
libertad condicional Teresa y Federi-
ro Humbert, los célebres autores de
aquella famosísima estafa, que se ha-
llaban extinguiendo su condena en
las prisiones de Rennes y Thouars.
El memorable proceso empieza á pa-
sar á la historia.

Anunciáronnos tiempo há que la
gran Teresa proyectaba publicar sus
Memorias. Ocasión propicia tiene pa-
ra ello, ahora que están aún frescas;
á buen seguro que, si quiere hacerlo,
no ha de faltarle editor, estando en

boga, como está, el género. Y dada la
feliz imaginación que repetidas veces
ha demostrado, esas Memorias pue-
den ser interesantes; por más que pa-
ra nosotros el interés sea no más que
relativo, ya que no en balde somos los
españoles paisanos de Luis Candelas
y en nuestro propio país tenemos
muestras de los más ingeniosos li-
mos.

Dos de estos, sumamente curiosos,
acuden á mi memoria en este momen-
to. Y he de relatarlos, pues en reali-
dad merecen ser conocidos.

Del primero fué víctima un conoci-
do pretamista madrileño, cuyo nom-
bre no quiero citar.

Sabido es que en el Monte de Piedad
acostumbraban á no especificar en las
papeletas de empeño cuáles fueran las
alhajas pignoras, y que la cantidad
que sobre ellas se prestaba venía á
ser, cuando más, el 20 por 100 de su
valor. No ignorando nada de esto,
cierto día presentóse en las oficinas
del Monte un sujeto con un gran estu-
che de terciopelo, en que había poco
más de mil duros en monedas de oro
corrientes, españolas y extranjeras.
Manifestó al encargado de los presta-
mos que necesitaba, para una urgen-
cia de momento esa cantidad precisa-
mente que no quería desprenderse de
aquel monetario, pues era un recuer-
do que tenía en gran estima, y que
pretendía dejarlo empeñado en las
5.000 pesetas, para volver á sacarlo á
los pocos días, apenas recibiese un
dinero que esperaba.

Esta operación no ofrecía para el
Monte riesgo alguno, ya que aunque
el empeñante no volviese á aparecer,
las monedas eran legítimas y tenían
todas curso legal, y los intereses esta-
ban cubiertos con exceso con el pre-
mio del oro y la cantidad en que el
monetario rebasaba los mil duros.
Comprendió así el empleado, con-
sultó con sus jefes, y á los pocos mo-
mentos la pignoración quedaba he-
cha.

Calculó el prestamista. El monte no
se equivocaba nunca en sus tasaciones;
cuando daba 5.000 pesetas de empeño,
era bien seguro que las alhajas pig-
noras valían 25.000 ó más. Dando lo
que el vendedor quería, las adquiri-
ría en 3.500 duros—incluso los 1.000

dientes de los collares del guerrero;—¿por qué buscas
con él la soledad que tantas veces me dijiste te era odio-
so sin mí? Te he contado que las mujeres de su país son
buenas como el marfil y que sus ojos tienen el azul pro-
fundo de las olas del Tando? Mi madre me lo decía á
mí, y había olvidado contártelo... A ella le habló mucho
del país de los blancos un extranjero parecido al que
antes según ella, le amó; pero desde que partió de Cum-
nia con hombre, mi madre se hizo odiosa á Magmahú; ella
adoraba á otro Dios, y mi padre... mi padre le dió la
muerte.

Nay cayó por largo rato, y Sinar se mostraba domina-
do otra vez por tristes pensamientos. Despertando de
súbito de una especie de embobamiento, tomó de la mano
á su amada, y se puso á la cima de un peñasco, desde
el cual se divisaban al desierto sin límites y riendo de
brioso en brecha el cascado río, y la dice:

—El Gambia, como el Tando, nacen del seno de las
montañas. La madre no se nunca hembra de su hijo ¿Ha-
berá qué qué hizo las montañas?

—No.
—¿Un Dios las hizo. ¿Has visto el Tando retroceder en
su carrera?

da por ti en que mi padre debe hacerte tu esposa, hubie-
ras de estar como te veo ¿Te ama él ya menos que an-
tes? ¿Soy acaso menos tierna contigo, ó no te parezco tan
bella como el día en que me cedí á tu amor?

Sinar, al oír las palabras de Sinar, se acordó de Gambia
parecía no haber oído. Nay le contempló su silencio unos
momentos con los ojos enjados de lágrimas, y su pecho
dejó escapar un sollozo. Al oírle Sinar se volvió con pre-
cipitación hacia ella, y viendo aquel llanto, besó á
tiernamente diciéndole:

—¿Lloras? ¿Por qué lloras? ¿Qué tanto lloras? ¿Qué
porado y que si fin tiene?

—¿Ay de mí! Jamás habías visto llorar á mi vez; jamás
te habían buscado mis ojos si que los tuyos se mostraron
halagüeños por eso lloras.

—¿Cuándo, dijiste, el más leve viento tuyo no turbó el más
profundo de mis anhelos cuando, aunque no te esperase
ni te viese, dejé de sentirte si te acercabas á mí?

—Hace un instante; y en inocencia, Sinar, confirma te
desdén y mi desventura.

—Perdón, Nay; perdóname, pues pensaba en ti.
—¿Qué te ha dicho este extranjero?

pesadores conduciendo en una manta el cadáver del jo-
ven sacerdote.

Durante el diálogo, Sinar se convenció de que el ex-
tranjero era veraz, por el modo como le respondió á las
preguntas que le hizo sobre el país de los Achimis; reina-
ba en éste un hermano suyo, y á Sinar lo creían
muerto. Explicó el misionero los medios de que se ha-
bía valido para captarse el afecto de algunas tribus de
los Achimis, afecto que tuvo por origen el acierto con
que había curado algunos enfermos y la circunstancia de
haber sido uno de ellos la esclava favorita del rey. Los
Achimis le habían dado una caravana y víveres para
que se dirigiese á la costa con el único de sus compañe-
ros que sobrevivía; pero sorprendidos en el viaje por
una partida enemiga, unos de sus guardias los aban-
donaron y otros fueron muertos, contentándose los ven-
cedores con dejar sin guías en el desierto á los sacer-
dotes, temerosos quizá de que los vencidos volvieran
á la pelea. Muchos días habían viajado sin otro guía
que el sol y el más firme alimento que las frutas que habían
en los oasis. Dos días hacía que habían llegado á la ri-
bera del Gambia, donde devorado por la fiebre acababa